



E L D U E N D E V E R D E

# LAS BRUJAS DE LA REINA LUPA

María Solar

Ilustración: Xavier Bonet



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

Título original: *As meigas de Lupa*

© Del texto: María Solar, 2012, 2016

© De las ilustraciones: Xavier Bonet, 2016

© De la traducción: María Jesús Fernández, 2016

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2016

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

1.ª edición, marzo 2016

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-0849-8

Depósito legal: M-3492-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

María Solar

# LAS BRUJAS DE LA REINA LUPA

Ilustración: Xavier Bonet

Traducción: María Jesús Fernández

# Q U E R I D O L E C T O R

El libro que vas a leer no es un libro normal, es mágico. No solo porque habla de brujas, también porque te llevará a conocer la vida de los pueblos que había en España hace 2000 años, antes de la invasión de los romanos. Nunca sabremos si la reina Lupa existió, pero se cree que en el noroeste de España vivió una mujer con mucho poder, fuese o no una reina.

Algunos lugares del libro, como el Pico Sacro, también son reales, aunque nadie ha encontrado un castillo subterráneo. Pero la magia va más allá, porque el compositor de música de cine, David Alonso Garzón, le hizo una banda sonora. La puedes escuchar e imaginarte que estás en una

película con la abuela Berta  
y sus nietos: María, Martín y  
Pablo, con la reina Lupa y las  
brujas buenas (de las malas,  
mejor ni hablamos). ¡Disfruta  
de la magia!





Para escuchar la banda sonora  
de este libro, entra en:  
**[anayainfantil.es/bsolupa](http://anayainfantil.es/bsolupa)**

*Hay secretos que duran un instante.  
Los hay que se mantienen durante días, semanas  
o meses, otros son secretos que se guardan por  
mucho tiempo, más de lo que viven las personas  
y que nunca deben revelarse a un confidente  
equivocado o se traicionaría a todos aquellos  
que los han conservado durante siglos.  
Esta es la historia de un secreto milenario que fue  
guardado generación tras generación, que pasó  
de boca en boca una y otra vez, y que nunca  
se contó a quien no merecía saberlo.*

*Este secreto está ahora en peligro,  
es tiempo de que alguien más lo sepa...  
y de seguir protegiéndolo.*

# 1

---

## LA ABUELA BERTA ESTÁ MUY RARA

Siglo XXI

—¡MAMÁ! Era un secreto. ¿Por qué lo has contado?

—No sabía que lo era. No te pongas así. Es una tontería.

—Lo será para ti, pero yo no quería que nadie lo supiera. ¿No sabes mantener un secreto?

María estaba un tanto alterada aquella tarde y, cuando se encontraba así, cualquier cosa podía ser motivo de discusión, incluso una tontería. Todavía no habían comido, pero a media tarde tenía que estar en el aeropuerto para coger un avión, ella sola, a Santiago de Compostela, donde la esperaban sus primos para pasar una temporada en casa de la abuela Berta. Así que estaba alterada, tanto por la novedad de viajar sola como por el miedo a subir a un avión y, por supuesto, por la falta de sueño, ya que la noche anterior no había pegado ojo.

Se levantó del suelo de su habitación donde había estado sentada, rodeada de cosas que se llevaría en el



viaje además de la maleta; cosas imprescindibles como libros, bolígrafos de colores, el móvil... Buscó las zapatillas junto a la cama. Solo encontró una, se la puso y así bajó a comer, a riesgo de tener una bronca por ir con un pie descalzo. Con toda seguridad la zapatilla estaría debajo de la cama, su madre le habría dado una patada cuando fue a despertarla aquella mañana, pero le daba una tremenda pereza agacharse a buscarla, prefería la bronca.

Apareció por la puerta de la cocina a medio calzar, todavía en pijama y con el pelo revuelto.

—¿Dónde está la otra zapatilla? ¡Y todavía no te has vestido! Te vas a poner mala de la garganta.

—¡Buff! Qué pesada eres, mamá.

Mientras comían se reconciliaron por la indiscreción de la madre de María que le había contado por teléfono a la abuela que a la niña le daba miedo el avión, cosa que por lo visto era un secreto. En realidad, a María no le importaba que lo supiera la abuela, lo que la molestaba es que seguro que le habría sugerido a su madre que le metiera en la maleta un diente de ajo para protegerla y que no le pasara nada malo. La abuela creía en esas cosas. Todos los veranos, sus primos y ella traían de vuelta en la maleta, sin saberlo, varios dientes de ajo y otras chorradas para librarlos del mal y darles suerte.

En esta ocasión María tenía miedo, y no únicamente por viajar sola, también porque desde hacía días sentía una opresión en el pecho, una especie de pre-

sentimiento de que algo malo iba a suceder. ¿Has tenido alguna vez un presentimiento? La madre de María los tenía a veces, e incluso acertaba. En una ocasión dijo: «Hoy no iremos al colegio por el túnel, no sé por qué, pero no me da buena espina», y aquel día hubo un choque en cadena justo a la entrada del túnel. Ese fue su presentimiento más importante, normalmente solían ser pequeñas cosas del día a día: «Me parece a mí que va a haber mucha cola en la sala de espera del médico», y la había, o «El cuerpo me dice que va a llover», y llovía. Esos presentimientos no eran cosa de mucho mérito, así que normalmente nadie los tenía en cuenta, aunque ella insistía siempre en recordar: «Ya os lo había dicho yo». En esta ocasión el presentimiento lo tenía María y le resultaba bastante inquietante, sentía que algo iba a suceder en aquel viaje a casa de la abuela, algo que no era bueno. Pero no se lo podía contar ni a su madre ni a Berta, porque si lo hacía, tomarían la decisión de que hiciera el viaje en autobús, y eso son siete horas de traqueteo y curvas. ¡Ni de broma!

Terminaron de comer con calma y después echaron una carrera para vestirse e ir al aeropuerto. Ya habían repasado la maleta el día anterior, cuando comprobaron una por una que estaban todas las cosas de la lista que habían hecho con lo que tenía que llevar.

Hacía ya cuatro años que la abuela Berta se había empeñado en que sus tres nietos tenían que pasar con ella una semana cada verano. Sus dos hijas y el hijo, los

tres, estaban divorciados y vivían lejos, esa era la razón por la que la abuela Berta cada vez veía menos a los niños. Así que un año se reunió en una habitación con sus hijos y les anunció que no saldrían de allí sin llegar a un acuerdo para que ella pudiera ver a sus nietos. Y así fue: la abuela tendría todos los veranos una semana para ella con los niños en su casa de Santa Cruz de Ribadulla y tendrían que coincidir siempre los tres. Desde entonces, era una costumbre establecida el ir a ver a la abuela en el verano, por eso a todos les extrañó mucho la llamada de Berta, meses atrás, intentando aplazar la cita:

### TRES MESES ANTES, EN CASA DE CARMEN

—¡Hola, Carmen, cariño! —saludó la abuela por teléfono.

—¡Hola, mamá! —contestó Carmen—. ¿Cómo va todo?

—¡Bien, querida, bien! Verás, te llamo por las vacaciones de los niños.

—Ya, mamá, no te preocupes. Martín estará contigo la primera semana de agosto, como el año pasado.

—No, verás, no es eso... —dijo la abuela en tono de disculpa.

—¿Ah, no? ¿Qué pasa entonces? ¿Hay problemas con María o con Pablo?

—No, no, no es eso —repitió—. Es que me vendría mejor la última semana de julio, o la segunda de agosto.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices? ¿Cómo que no te viene bien? ¿Pero qué tienes que hacer? Siempre hablas de lo bien que lo vais a pasar esa semana y de cómo la estás esperando. Mamá, ya sabes lo que nos cuesta ponernos todos de acuerdo en las fechas...

—Ya, cariño, pero es que este año no me viene bien.

—Pero ¿por qué? ¿Estás enferma? ¿Pasa algo?

—No, no..., no es eso —reiteraba la abuela.

Carmen se estaba alterando cada vez más. No lograba entender qué demonios ocurría. ¡Si su madre se pasaba todo el año recordándoles el tema de las vacaciones de los niños! ¡Y ahora venía con esas!

—No es eso, no es eso.

—Llevo toda la conversación escuchando que «no es eso». ¿Se puede saber qué es entonces?

—Es solo que vienen unas amigas a casa y justo coincide en esa semana.

—¿Amigas? ¿Qué amigas? ¿Unas amigas de fuera del pueblo? Pero ¿quiénes son? ¡No las habrás conocido por Internet, mamá!

### TRES MESES ANTES, EN CASA DE YOLANDA

—¿Cómo que unas amigas? —Yolanda cambió el teléfono de oreja porque no daba crédito a lo que le decía su madre.

—Son unas viejas amigas.

—¿Y no pueden ir en otra fecha? ¡Después de la que armaste para exigirnos que fuera exactamente

*esa semana cada año, no me puedo creer que ahora nos vengas con estas!*

### TRES MESES ANTES, EN CASA DE ROBERTO

*—¡Mamá, no es posible cambiar la fecha! —Hacía ya un buen rato que Roberto gritaba más que hablaba por teléfono—. ¡Tendrás que apañarte con todos a la vez o decirles a tus amigas que no vayan! —sentenció.*

Los tres primos fueron puestos al corriente por sus respectivos padre y madres del asunto «tan raro» de la abuela y todos, por cierto, habían insistido en «ya me contarás quiénes son las amigas de la abuela».

Aunque en un principio la visita les extrañó más a los mayores que a los niños, eso había sido antes de conocer a las amigas, porque después ya la extrañeza fue general.

El viaje transcurrió sin sobresaltos para María, incluso se le hizo corto, cincuenta minutos de vuelo pasan rapidísimo. Cuando puso los pies en el aeropuerto de Santiago se quedó bastante aliviada porque no se había cumplido su presentimiento, sin duda, pensó, ella resultaría una mala adivinadora. Esperó la maleta, que tardó un montón en aparecer, y a continuación se dirigió hacia la puerta de salida donde enseguida vio a sus primos Pablo y Martín y a su tío Roberto que la estaban esperando. Martín había crecido casi una cabeza o más, y Pablo uno o dos dedos.

—Pues tú no has crecido nada, hasta parece que has encogido —dijo Pablo, molesto por el comentario de su prima.

—¡Anda, bobo, que sí que has crecido, hombre! ¡No sabes aguantar una broma! —repuso María riéndose y frotándole la cabeza.

Se montaron los tres en el coche del tío Roberto para dirigirse sin paradas a la casa de la abuela. A los chicos les hubiera apetecido tomar algo en la cafetería, pero no pudo ser; Berta había llamado para decirle a su hijo que quería tener a los niños en casa lo antes posible para poder verlos y atenderlos de la mejor manera, ya que después tenía que recibir a sus amigas, que también llegaban ese mismo día.

—¿Vosotros sabéis algo de las amigas de la abuela? —preguntó el tío Roberto. Pero nadie sabía más que los otros, es decir, nada de nada.

Quienes fueran las amigas de la abuela era todo un misterio.

Martín y Pablo vivían en Galicia, pero durante el año no veían a la abuela mucho más que María. Aun así, aquel viaje en coche les resultaba muy familiar a los tres, reconocían los pueblos por los que iban pasando y los letreros con sus nombres que ellos jugaban a anticipar. Así año tras año, hasta que por fin aparecía a lo lejos la silueta del Pico Sacro, el monte que marcaba la llegada a la casa de la abuela. Un par de curvas más y allí estaba: una casa grande, robusta, de piedra, rodea-

da de árboles, con jardín y huerta; el lugar ideal para pasar el verano. Aquella era una amplia edificación de granito de dos alturas. Cuentan que años atrás, en tiempos de la bisabuela, en la parte de abajo había cuerdas donde vivían los animales; después las vacas fueron trasladadas a otra dependencia construida en la huerta y se remodeló la vivienda para abrir en el bajo un bar-ultramarinos, una especie de taberna con tienda donde se vendía de todo. La bisabuela despachaba en la tienda y el bisabuelo atendía el bar, donde solo entraban hombres. Hoy en día no queda nada de todo aquello. Es una casa normal, con sus dormitorios, la sala, la cocina y un cuarto de baño en cada piso.

La noche de la llegada, Roberto no quiso quedarse a cenar pese a la insistencia de la abuela; tenía prisa y dejó a los niños en la puerta con la maleta y un montón de besos y abrazos.

La abuela se puso muy contenta al verlos. Besos, besos, besos. Lo de siempre. Con todo, al entrar en la casa hubo algo que a los chicos les resultó extraño. Nada más traspasar el umbral, Berta pareció recordar algo y, al mismo tiempo, olvidarse de la presencia de sus nietos. Apresuró el paso y empezó a moverse nerviosamente de habitación en habitación. La casa estaba toda revuelta y la abuela no paraba de abrir y cerrar armarios y cajones como si estuviera buscando algo. Los niños dejaron las maletas en la entrada y la siguieron.

—¿Dónde la habré puesto? ¿Dónde la dejaría? —repetía Berta como hablando para sí misma.

—¿Necesitas ayuda, abuela? —preguntó Pablo, el mayor de los tres, que ya tenía dieciséis años.

—No, no, hijo, es que no encuentro una cosa que necesito. No sé dónde la he podido dejar. —Fijó en ellos la atención por un instante, pero enseguida continuó revolviendo en los cajones, hasta casi olvidar de nuevo que los chicos estaban allí, mirándola.

—Abuela, ¿qué buscas? A lo mejor podemos ayudarte, ocho ojos ven más que dos —sugirió María.

La abuela la miró. Estaba hecha una mujercita, cada año más guapa. Entonces salió de su obcecación por el objeto perdido y le sonrió.

—¿Qué talla usas ya?

—La dieciséis de niños o la pequeña de mayores, depende.

—¡Con solo trece años! Estás enorme, y preciosa. —Los miró a los tres—. ¡Estoy muy orgullosa de vosotros! Tengo unos nietos maravillosos.

—¿Qué buscas, abuela? —preguntó Martín, el menor de los primos.

La abuela arrugó la frente al recordar su problema, lo pensó un momento y decidió contárselo a los chicos, por lo menos en parte. Se frotó el mentón con una mano, como buscando las palabras adecuadas, y les explicó:

—Busco una llave, eso es, una llave grande, muy grande. Así, más o menos —dijo componiendo con las manos la figura de un paréntesis de unos cuarenta centímetros—. Es de hierro, bastante pesada y tiene un



llamativo lazo rosa, que le puse precisamente para no perderla.

—¡Vaya! ¡Menuda llave! ¿Cómo la has podido perder?

—No sé si la he perdido, Martín, o me la han robado —respondió Berta, e inmediatamente hizo un gesto como si hubiera dicho algo inconveniente, como si se le hubiera escapado.

Los chicos notaron perfectamente que la abuela les ocultaba algo. Era realmente extraño. Pero entonces Berta siguió hablando como si nada.

—Después me ocuparé de esto. Venga, vamos. Os voy a llevar a vuestros cuartos, quiero que deshagáis las maletas y dejéis todo ordenado antes de la cena. O mejor, al revés, primero cenáis y después deshacéis las maletas y colocáis las cosas en el armario. Tenéis perchas suficientes. Procurad que no se arrugue la ropa, ¿de acuerdo?

Las cenas de la abuela eran siempre espectaculares. En realidad eran espectaculares las cenas, las comidas y hasta los desayunos. Cocinaba estupendamente y no escatimaba tiempo para hacerles a sus nietos los platos más ricos en aquella semana tan especial. Algunos eran recetas familiares muy antiguas. Solían cocinar los cuatro juntos; hacían tarta de almendra, bizcocho, arroz con leche, filloas... Cocinar en grupo era divertido y de paso aprendían a elaborar las viejas recetas familiares que habían pasado de una generación a otra. Como decía la abuela: «El saber que guarda una familia a lo largo de los años es un



tesoro», y aquellas recetas eran sin duda un tesoro para el estómago.

Por eso, todos quedaron muy sorprendidos cuando la abuela Berta sacó pan de la panera, fiambre del frigorífico y, en un santiamén, les hizo unos bocadillos para la cena.

Los primos se miraron entre sí.

—Muy bien, pues aquí tenéis la cena. Comed despacio y masticad bien. Si no os importa, yo voy a seguir buscando la llave un ratito más, después os acostáis como siempre. Pablo y Martín en el cuarto de las niñas —cuando decía esto, la abuela se refería a sus hijas Yolanda y Carmen—, y María en el del niño —que era como llamaba a su hijo Roberto, aunque ya tenía cincuenta años—. Las sábanas ya están puestas con la colcha de verano. Si refresca por la noche y necesitáis más ropa, he dejado una manta a los pies de cada cama. No os olvidéis de deshacer las maletas y de ordenar vuestras cosas.

Berta se levantó y los miró con mucho cariño. Después los besó, uno a uno, en la frente y salió de la cocina. Desde la puerta se volvió y les dijo:

—Después subiré para daros otro beso. Os quiero mucho. Perdonad que ahora no os dedique más tiempo, pero es muy importante que encuentre esa llave.

Justo cuando salía, Pablo le preguntó:

—¿De dónde es la llave, abuela?

Entonces sonó el timbre de la puerta y otras dos piezas de aquel rompecabezas tan extraño aparecieron

en escena. Las sorpresas de aquel día no habían acabado, ni mucho menos.

—¡Vaya! Ya están aquí las primeras —exclamó Berta un poco ansiosa—. ¡Son mis amigas! Las estaba esperando. Han hecho un largo viaje, no las bombardeéis a preguntas.

Se apresuró hacia la puerta de entrada y, justo antes de abrirla, se volvió hacia los chicos que ya se habían levantado de la mesa y estaban en el pasillo esperando a conocer a las «famosas» amigas de la abuela que a todos tenían tan intrigados y por las que había querido cambiar su semana de vacaciones. Entonces Berta, hablando en voz baja, añadió:

—¡Ah! ¡Y sobre todo, no las juzguéis por su aspecto! ¡Son buena gente!

La abuela abrió la puerta y la luz del pasillo iluminó dos siluetas cogidas del brazo. Una era una mujer bastante baja, como de un metro cincuenta, y muy gruesa, de una gordura redonda, sin cintura, con los cabellos blancos asomando en mechones por la frente y los lados de un pañuelo que le cubría la cabeza y que ataba al cuello con un nudo. Vestía de negro riguroso y quizás por eso destacaban tanto sus rizos blancos. Tenía la tez muy pálida y sus ojos eran casi blancos. El iris de los ojos estaba perfectamente delineado por un círculo negro, pero dentro de él apenas había color, era de un azul tan tenue que solo destacaba la pupila negra. La verdad, daba bastante grima. Era como mirar unos ojos vacíos. La otra mujer era mucho más alta y delgada,

toda huesos. También vestía de negro y llevaba un pañuelo en la cabeza tapando una melena cana recogida en una coleta. Tenía aspecto de ser muy mayor, las arrugas le surcaban la cara sin piedad y marcaban el rictus de su boca de una manera brutal, casi se podía adivinar la calavera debajo de su piel, lo que, unido a aquella cara tan angulosa y delgada, configuraba un rostro de aspecto serio, macabro y de muy pocos amigos.

—¡Amable y Antía! —gritó la abuela sus nombres a modo de saludo—. ¡Estáis estupendas! —mintió. O eso es lo que pensaron los niños.

Las tres se fundieron en un abrazo y fue entonces cuando los chicos pudieron ver que en la boca de aquella mujer alta y delgada solo había tres dientes. Tres solitarios dientes, dos arriba y uno abajo.

—¡Puaag! ¡Vaya boca! ¡Le faltan casi todos los piños! —dijo Pablo—. Por eso se le hunden las mejillas. ¡Qué pintas! ¡Cuando le cuente esto a mamá va a flipar! Qué raras son, ¿no? Dan algo de...

—... de miedo —terminó María la frase—. ¿Quiénes serán?

Las dos señoras estuvieron un ratito allí en la puerta, muy contentas, hablando con Berta y diciéndose mutuamente lo jóvenes que se veían y las ganas que tenían de que llegase aquel encuentro. Mientras, los tres primos permanecieron de pie en el pasillo, observando, hasta que las mujeres entraron en la casa y llegaron las obligadas presentaciones.



## EL DUENDE VERDE

María, Pablo y Martín esperan pasar otra típica semana de vacaciones en casa de su abuela Berta, pero sus planes se truncarán cuando lleguen unas extrañas mujeres con las que debe preparar un congreso ¡de brujas! Pronto descubrirán un secreto que los une a los tiempos de la Galicia castreña del siglo I y a la llegada de los restos del apóstol Santiago a esa tierra mágica.

Edad recomendada  
para este libro:  
**A partir de 12 años**

ISBN 978-84-698-0849-8



9 788469 808498

[www.anayainfantiljuvenil.com](http://www.anayainfantiljuvenil.com)

1571205

**ANAYA**